

Su fantasía estaba pronta á aceptar como verdades indiscutibles todos los cuentos y tradiciones del indígena. Creía firmemente en la existencia de la misteriosa «ciudad de los Césares», en el «Rey blanco» de las «Sierras de la Plata» y en el poderoso monarca, que vivía en mitad de un lago sagrado, cubierto de oro de cabeza á pies, lo mismo que un ídolo, pues todas las mañanas, con el cuerpo untado de grasa, revolcábase en un montón de aurífero polvo. Y para llegar á estas tierras maravillosas, caminaba y caminaba tras los pasos de un guía indígena, tan fantaseador como él, desafiando el hambre y la muerte.

A la energía adquirida por el conquistador en la lectura de novelas caballerescas, hay que añadir la voluntad que le infundió el misticismo de su raza.

En la empresa del descubrimiento tuvieron una gran participación los místicos á la española. El primero de sus héroes fué un personaje complicado, mezcla de mercader y soñador, con desconcertantes arrebatos de misticismo. Colón retarda su viaje varios años, regateando como un tendero sus empleos y ganancias en la empresa: declara que su principal finalidad es la conquista del oro, santo metal en cuyo honor entona un himno sacrilego, añadiendo que «es tanto su poder, que hasta saca las almas del Purgatorio, y las lleva al Paraíso.» Pero al mismo tiempo afirma que en el descubrimiento de las nuevas tierras «no le valió razón ni matemática, sino que llanamente se ha cumplido con ello *lo que profetizó Isaías*». Esta mística humildad no sirve, sin embargo, de obstáculo á sus intentos de crearse en las nuevas tierras una gran fortuna con abusos y rapacidades que obligan á intervenir á los monarcas de España. El aventurero desea acaparar enormes riquezas, vendiendo indios como esclavos y despojándolos de sus adornos de oro. Procede en esto como un mercader sin entrañas, pero ofrece la excusa de que el dinero atesorado es para organizar un ejército de 100.000 infantes y 10.000 jinetes (el mayor de aquellos tiempos), con el que irá á la conquista de los Santos Lugares.

Igual mezcla de dureza y de piedad, de ansia de riquezas y de misticismo se nota en la mayor parte de los conquistadores que siguieron las huellas de este español de adopción... tan hijo de España por sus hechos y su carácter.

El misticismo peninsular no fué metafísico, sino un producto espontáneo de la raza. Los místicos de otros países, en fuerza de contemplar el cielo, eran absorbidos por él y olvidaban la existencia terrena, con sus necesidades é imposiciones. El místico español elevaba igualmente los ojos al cielo, pero en vez de dejarse absorber por su grandeza, lo atraía, tiraba de él con la altivez jactanciosa de su carácter, y la divinidad bajaba hasta su alma, dándole una fuerza superior á la de los otros humanos.

La energía nativa de su raza considerábala el español como una chispa de la voluntad de Dios, que había querido encarnarse en su persona, y esto le infundía una fuerza sobrenatural. El misticismo era para el hombre de España un fundamento de heroísmo. Todos los místicos de la Península procedían como hombres de acción, y enemigos de pasar las horas en egoísta aislamiento dedicados á infructuosas contemplaciones, se lanzaban por los caminos de la vida, buscando aventuras y combates como guerreros de la fe.

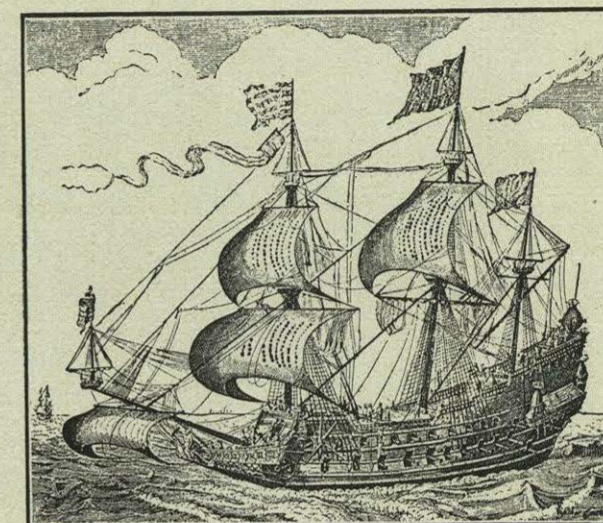
Ignacio de Loyola, antiguo soldado, anduvo por Europa cual un caballero andante, queriendo matar al dragón de la Reforma. El carácter belicoso de su misticismo quedó impreso en su obra. Dió á la religión fundada por él una disciplina militar, la llamó *Compañía* y él tomó el título de *General*. La dulce Teresa de Jesús no pasó la vida encerrada entre claustros. Anduvo los más de sus años por las llanuras de Castilla, como un Don Quijote con tocas, deshaciendo los entuertos y agravios de la herejía, con la pluma y con la acción, creando nuevos templos para resarcir al Señor de los que le arrebatara en el centro del continente la impiedad de los luteranos.

Este misticismo activo y militante salvó á Roma y á la latinidad católica. Los conquistadores del Nuevo Mundo también fueron místicos con arreglo al carácter nacional: místicos de acción, místicos de espada. Creían llevar en su pecho una chispa de la energía divina. Cuando realizaban una hazaña estupenda, no se consideraban ellos los autores: era la fuerza de Dios oculta en sus almas la que llevaba á cabo los sobrehumanos esfuerzos. La abdicación de la propia voluntad, que confundían con la voluntad divina, dábales una audacia sin límites, un orgullo sobrehumano, desconociendo el valor de la palabra «imposible», creyéndose aptos para toda clase de empresas irrealizables.

La ferocidad del hombre de armas de aquella época — ferocidad común á todos los pueblos conquistadores, y que aun hoy sólo está atenuada exteriormente por hipócritas convencionalismos —, iba unida siempre á una ferviente devoción. Hernán-Cortés, el más gallardo y culto de los hombres de la conquista, hablaba con la cabeza descubierta á los sacerdotes españoles que le acompañaron en sus expediciones, y éstos tenían que predicarle moderación y calma cuando quería acabar de un golpe con los ritos de los indígenas y sus crueles sacrificios á los ídolos. Otros capitanes de las Indias creyeron ver la divina intervención en muchas de sus hazañas. Cuando peleaban uno contra quinientos, distinguían en el aire señales inequívocas de protección celeste; ángeles que les ayudaban, ó el belicoso apóstol Santiago, patrón de la castellana tierra, metiendo su caballo, blanco y luminoso, entre las apretadas huestes indígenas. En las naciones americanas de origen hispano, quedan aún muchas imágenes que recuerdan estas milagrosas intervenciones en las guerras de la conquista.

El hombre de sayal y cuerda acompañó al guerrero en sus expediciones. Injusto sería no reconocer la influencia civilizadora del misionero cristiano en las Indias Occidentales. Frente á las bárbaras religiones indígenas, este solitario, que llegaba con el impulso desinteresado de la Fe, propagó las dulzuras del cristianismo. El indio, que en muchas países era antropófago y devoraba al blanco, más por rito religioso que por hambre, sintióse subyugado por la mansedumbre del conquistador sin armas, más aún que por las doctrinas que predicaba, incomprensibles para unos pensamientos obtusos y primitivos. Su influencia, rápida y decisiva, hizo cambiar á los pueblos indígenas de creencias, abrazando en masa la nueva religión, aunque perduraran en su alma ciertos restos de la pasada idolatría.

En estos solitarios encontró el aborígen sus primeros protectores. El hombre de armas, influenciado por el concepto aristotélico que aún predominaba en el derecho europeo de aquella época, creía que el vencido de otra raza estaba destinado, lógicamente, á la esclavitud. Espíritus evangélicos como Las Casas y otros religiosos, protestaron contra tal abuso, siendo los apóstoles del indígena, pesando en el ánimo de los legisladores de Indias y llevando su defensa apasionada hasta una generosa y ciega exageración.



GALEÓN DEL SIGLO XVI (De un grabado de la época).





FERNANDO MAGALLANES (De un grabado de la época).

arrastró á la campaña de Rusia algunos batallones españoles del ejército de La Romana, que no habían podido fugarse de los acantonamientos de Dinamarca, estos soldados sufrieron muy poco en la desastrosa expedición, se habituaron á acampar sobre la nieve, y aprovecharon la primera oportunidad para libertarse de su servidumbre pasando en masa á los rusos.

Hay valles en Andalucía que reciben el apodo de «sartenes» por su calor infernal. Todos los veranos mueren de asfixia algunos segadores, y á ciertas horas es necesario colocarse sobre el rostro un pañuelo mojado, único medio de respirar con facilidad.

Otros europeos, faltos de esta preparación para adaptarse á diversos climas y altitudes, hubieran tropezado con insuperables obstáculos al pretender colonizar los territorios inmensos y variados del Nuevo Mundo. Siendo procedentes de la zona templada, se habrían limitado á establecerse en los valles tropicales: viniendo de un país septentrional, hubieran esparcido su civilización por las altiplanicies.

El español difundióse en todas partes por igual, desafiando al clima y vencéndolo, como desafió toda clase de obstáculos y fatalidades. El mismo conquistador fundaba una ciudad á

El relieve geográfico de la Península influyó igualmente en las condiciones físicas de los conquistadores.

España, por su situación en el planeta, es un país meridional, de clima templado. Algunas de las provincias del Sud participan de la flora y la temperatura de África. Pero su relieve montañoso, la altitud de sus mesetas centrales y la distribución de los vientos, hacen de ella un país que conoce los climas más duros y extremados. Individuos de una misma nación se habitúan á existencias y costumbres diversas. Basta pasar de una provincia á otra para cambiar de vida radicalmente. Por esto dice Eliseo Reclús que los españoles son «el pueblo mejor preparado para colonizar en todos los lugares de la tierra».

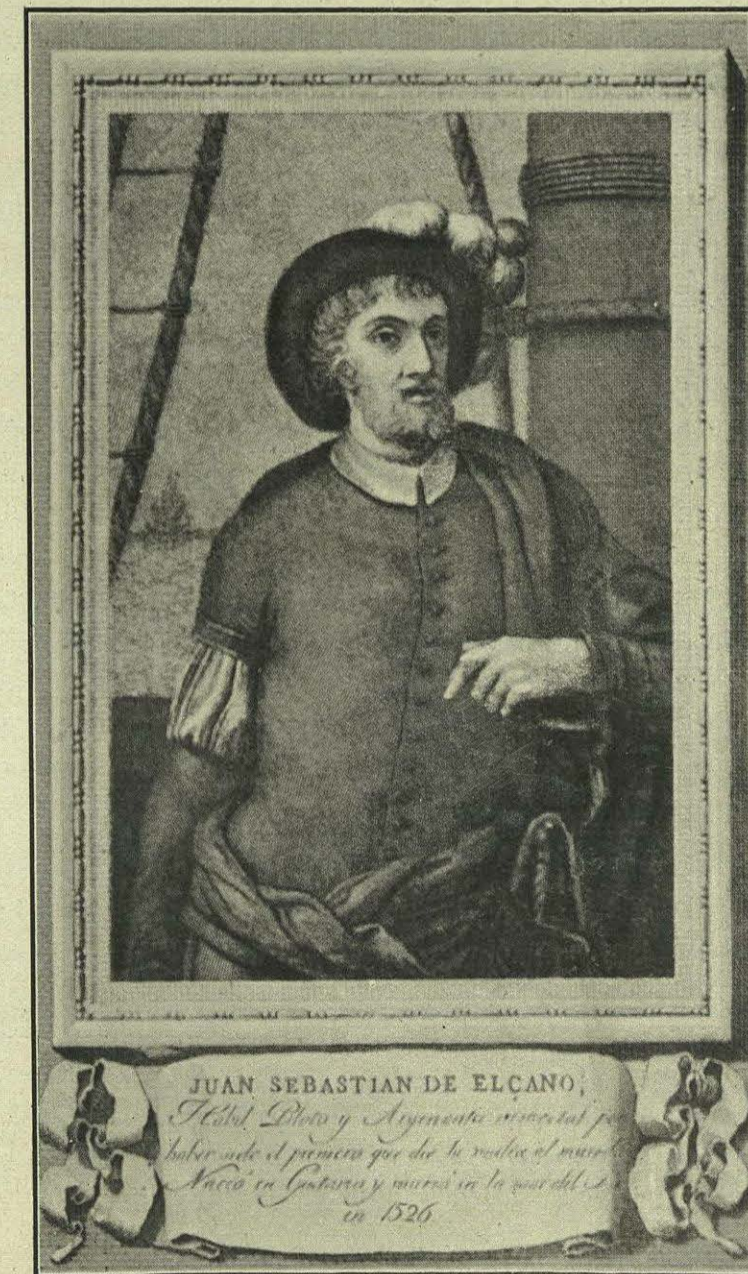
El que llega á aclimatarse en las diversas regiones de la Península, es de fácil adaptación para cualquier punto del planeta. Hay lugares en las sierras de España, donde los habitantes viven entre nieves gran parte del año, llevando una existencia casi igual á la de los esquimales. Cuando Napoleón

una altura de 3.000 metros, donde los pulmones sufren la opresión del «mal de la puna», á causa de la rarefacción del aire, y años después creaba otra á orillas de un río, en profunda hondonada, bajo el asfixiante sol del Trópico. Allí donde creía encontrar medios positivos de vida, ó ilusorias esperanzas de riqueza, plantaba su choza, sin tener en cuenta la salubridad del suelo. En todas partes se encontraba bien: el nuevo continente era su casa. Entre los altos picachos de eternas nieves, únicamente visitados por el condor, hacía surgir poblaciones. Los enmarañados hierbales de las riberas pantanosas, cortábalos con su espada en señal de toma de posesión. Levantando un rollo de justicia, un fortín de paredes de barro y unas cuantas chozas, daba un nuevo pueblo al rey de Castilla.

La energía, la serenidad inmovible, la fácil adaptación de estos hombres á todos los climas y todas las escaseces, causan asombro. Soldados avanzados de la civilización moderna, dieron juventud y vida por la gran causa humana á la que prestaban sus servicios, tal vez sin darse cuenta de la importancia de éstos. Los navegantes salidos de las costas de Galicia, Vizcaya ó Andalucía fueron los primeros en levantar el plano exacto de la tierra, perdiendo la vida en tan noble propósito. La ciencia cuenta entre sus mártires á estos nautas españoles, que por primera vez registraron y desentrañaron el misterio del globo, para caer á continuación bajo las flechas salvajes, perdiéndose sus restos en el vientre del antropófago. La civilización debe igualmente eterna gratitud á los bravos exploradores de tierra adentro y á sus fructíferas aventuras, las más audaces que registra la Historia. En los tiempos de la conquista, los hombres no eran hombres: eran gigantes.

Con injusta ligereza se les echa en cara defectos que no fueron de ellos, sino de su época. Se les hace responsables de abusos y opresiones en el Nuevo Mundo, que al mismo tiempo eran generales en toda Europa. Se les acusa de ignorancias y atrasos, juzgándolos con arreglo á la cultura presente, como si aquellos hombres hubieran podido estudiar en nuestras escuelas.

La conquista española dió al Nuevo Mundo todo cuanto sabía y cuanto poseía. No dió más porque no tenía más; y ninguna nación de aquellos tiempos podía permitirse



JUAN SEBASTIÁN ELCANO (De un grabado de la época).



mayores prodigalidades. Sus abusos y errores obra fueron de la época más que de su propia iniciativa.

España, en su obra civilizadora, tuvo que luchar con lo enorme de las distancias, lo defectuoso y primitivo de los medios de transporte y los obstáculos que le opuso en el Océano la piratería de las naciones, envidiosas y hostiles. Hay que imaginarse lo que costaba la traslación á los países americanos, desde Sevilla ó Cádiz, en barcos lentos y pesadísimos, de un toro, un caballo, un puñado de trigo, muebles, armas, libros, etc., de todo cuanto aportaron los españoles como primeros gérmenes de civilización.

Y no sólo había que luchar con el espacio, el tiempo y las cóleras de la Naturaleza, en este noble empeño. Los hombres salían á su encuentro para estorbar el paso á la corriente de cultura. Los galeones españoles tenían que defender á cañonazos la inmigración civilizadora, contra los corsarios ingleses, holandeses y franceses, que intentaban aislar á la metrópoli de sus colonias. La bandera de Castilla cobijó indudablemente muchos errores y absurdos (todos ellos cometidos con la más deplorable buena fe), pero durante tres siglos fué la bandera de la civilización en los mares americanos.

Pueblos ajenos á la raza y al idioma españoles, han sido los primeros en hacer justicia á los servicios que la conquista prestó al progreso humano. Los Estados Unidos de la América del Norte ostentan en su Capitolio de Washington, ocupando un sitio de honor, los nombres de los capitanes castellanos de mar y tierra que fueron los primeros en explorar sus ríos inmensos y echar los gérmenes de la vida moderna en las dilatadas llanuras.

Hace poco, el Presidente de la gran República, Mr. Taft, se expresaba así en uno de sus discursos:

«Los que hemos tenido oportunidad de ponernos en contacto con la civilización de la raza española y de sus descendientes en América, hemos podido advertir que la raza anglosajona, á pesar de su engreimiento, tiene mucho que aprender del refinamiento intelectual, de la capacidad de raciocinio, del temperamento artístico, de la imaginación poética, de los grandes ideales y de la cortesía de las razas americano-españolas.

»Es preciso conocer la historia de las colonias españolas de América para darse cuenta de la enorme suma de energías empleadas por España, sin ayuda alguna, en la obra de la civilización. Las grandes obras públicas realizadas por ella en muchas partes del Nuevo Mundo, ofrecen testimonio de su perseverancia y su espíritu emprendedor, en siglos en que nosotros, los del mundo anglo-sajón, estábamos empeñados en empresas más modestas.

»La historia de los primeros navegantes y de las primeras colonias españolas, se agranda á medida que se la estudia mejor.»

## II

### LOS EXPLORADORES DEL RÍO DE LA PLATA

Las primeras naves que vieron los indios charrúas, habitantes de las riberas del río de la Plata, fueron las tres de la flotilla mandada por Juan Díaz de Solís.

Al iniciarse los descubrimientos del Nuevo Mundo, los reyes de España confirieron el cargo de Piloto Mayor del reino á persona competente por su sabiduría náutica y geográfica. Las cartas preciosas de los nuevos derroteros y descubrimientos quedaban bajo la custodia de este funcionario, residente en Sevilla.

El florentino Américo Vespucio, que acompañó á Alonso de Ojeda en 1499 á una exploración de las nuevas tierras, ocupó el cargo de Piloto Mayor. Había publicado las primeras descripciones de los países descubiertos por Colón, y estos impresos, al circular por Europa, atrajeron la curiosidad pública sobre el autor de la obra más que sobre el héroe de ella, haciendo que el Nuevo Mundo se llamase *América* en vez de titularse *Colombia*, como era lógico. Fué éste un extraño triunfo literario, pocas veces conocido, primando el éxito de la pluma sobre el éxito de la acción.

Muerto Américo Vespucio en 1512, entró á sucederle Juan Díaz de Solís, navegante andaluz (aunque algunos le creen asturiano), nacido en Lebrija, entre Sevilla y Cádiz. Su aspiración, así como la de todos los que se preocupaban de los descubrimientos, era navegar al Sur en busca de nuevas tierras y de un paso marítimo que presentían los mareantes de entonces. Balboa había descubierto un mar, el llamado mar del Sur ó Pacífico, al otro lado de las tierras vírgenes. Parecía lógico creer que el nuevo continente no era una barrera sin término, y explorándolo bien, seguramente podría encontrarse un paso que diera acceso al mar de la otra banda.

Díaz de Solís, que ansiaba ilustrar su nombre con nuevos descubrimientos á impulsos de la noble emulación que movía entonces á los navegantes españoles, consiguió del rey Católico el permiso necesario para ir á descubrir en su nombre nuevas tierras al Sud de las posesiones portuguesas (hoy Brasil), que Cabral había explorado casualmente.

Al mando de tres naves salió Solís del pequeño puerto de Lepe (Huelva) el 8 de Octubre de 1515, cuando sólo hacía dos años que desempeñaba el cargo de Piloto Mayor, empleo en que le sucedió un hermano suyo. Llevaba como segundos á su cuñado Francisco Torres y á Martín García. Seis años antes había ya realizado Solís, con el famoso Pinzón, un viaje de descubrimiento por las costas meridionales del nuevo continente. El rey ayudó á Solís con 4.000 ducados en el nuevo viaje, obligándose, por su parte, el marino á preparar á sus costas una carabela de 60 toneladas y dos de 30, corriendo con los demás gastos. Los beneficios que resultasen de la expedición se dividían en tres partes: una para el rey, otra para Solís y la tercera para los tripulantes. El rey prestó, además, á la escuadrilla, con obligación formal de ser devueltas, «cuatro lombardas grandes (piezas de artillería) y sesenta coseletes de hierro, con sus armaduras de cabeza». Aparte de esto, adelantó año y medio de sueldos al Piloto Mayor. A los pocos meses de navegación, en 1516, llegó la escuadrilla á la desembocadura del río de la Plata, de orillas invisibles como un mar. Solís creyó sin duda en el primer momento haber hallado el paso con que soñaban todos los navegantes; pero su asombro y el de las tripulaciones no fué pequeño al probar el agua y encontrarla potable. El jefe bautizó el enorme río con el nombre de «Mar Dulce», y, tentado por el misterio de la extensión acuática, en vez de seguir el rumbo hacia el Sud, á lo largo de la costa, se metió con la flota corriente arriba. Solís marchaba delante en una pequeña nave de velas latinas, por la ribera oriental, cubierta de enmarañada y baja vegetación. Tras ella no podía distinguirse el arrastre de los indígenas cobrizos, que seguían invisibles el avance de la nave á lo largo del río.

Descubrió Solís una isla, á la que se dió el nombre del piloto Martín García, y al ver en



TRIPULANTES DE UN BUQUE CAZANDO ELEFANTES MARINOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES (Grabado antiguo).